

BENJAMÍN SUBERCASEAUX

ZOOLOGIA Y ANTROPOLOGIA

Versión escrita, del mensaje verbal e improvisado que el autor presentó ante el III Congreso Latinoamericano de Zoología. Santiago, Oct.-1965.

NO ES este, señores, un trabajo de índole técnica como aquellas monografías científicas, tan acuciosas e interesantes, que han sido presentadas en este magno Congreso. No encontrarán ustedes aquí, ni cifras, ni cuadros estadísticos, ni esquemas sabios. Estos son de inmensa utilidad —a mi modo de ver— para conducir las ideas a la realidad experimental, pero no tanto para constituirse en engendradores de ideas; por lo menos, no ya dentro del dominio matemático sino en el campo biológico.

Ahora bien, el modesto profesor que les habla es un simple antropólogo; o sea, un biólogo, por lo menos para quienes la Antropología no es una rama del Humanismo sino una parte integrante de la biología general, puesto que el Hombre es un ser viviente, algo que se mueve y conduce por sí mismo; algo *animado* y provisto de un *animae*, como entendía esta palabra Aristóteles, cuando llamó: *Animales* a los seres vivientes que presentaban tales características.

El que les habla es, pues, aunque les parezca extraño y hasta inusitado, un zoólogo; un zoólogo especializado en el Animal-Hombre; ya que malamente podría atribuirse a la Antropología otro significado y objeto que el de constituir, en sí, una Zoología Humana.

No obstante —ustedes lo han visto— mi actitud durante estas jornadas se ha limitado a un prudente silencio e imprescendencia ante un estado de cosas que en ningún momento pretendí alterar,

o que no debía hacerlo mientras no existiera entre nosotros un acuerdo previo sobre el motivo de mi presencia en este Congreso, donde a todas luces (y a pesar de vuestra benevolencia y cortesía) no habría sabido eludir mi condición de intruso, de individuo aparentemente ajeno a los temas y propósitos a que apuntan las finalidades que aquí se persiguen.

Pero esta actitud no podía ser permanente ni ilimitada. Y adviértase que no por una supuesta impaciencia mía, sino por razones de conciencia científica y de compañerismo hacia ustedes mismos. Hacia tanto especialista y sabio ilustre, venido de los más diversos países de nuestra América Latina. Ha llegado, pues, el momento en que, tocando a su fin esta memorable justa científica, me pareció que no podía eludir este deber de dirigirme a ustedes a fin de esclarecer —o procurar hacerlo— un punto que hasta el día de hoy se mantiene en forma confusa y perjudicial para los intereses de la Ciencia: me refiero a las relaciones que deberían existir entre la Zoología y la Antropología. Hecho neurálgico que aun mantenemos sin resolver, a la manera de un tabú, o mejor, de una sospecha de que en él inciden graves problemas derivados de todo aquel cúmulo cultural, propio del Hombre, y que en mi docencia no he vacilado en calificar como: “los problemas que los hombres se inventan entre sí”. Valga decir, aquel enorme fardo de prejuicios que nos viene desde el viejo Paleolítico (perdóneseme la redundancia), y que encierra buena parte de nuestras creencias filosóficas, religiosas, jurídicas y morales. En una palabra, aquel aporte propio del Hombre *ya hominizado* y, como tal, capaz de su propia homeostasis psíquica (si se me permite esta expresión para designar su discutible “libertad”) que lo conduce a la elaboración de sus propios Postulados Fundamentales y a toda aquella superestructura mental y artificial que denominamos La Cultura. Hecho glorioso, en el propio sentir del Hombre, pero que junto con “elevarlo” dentro de la escala animal, contribuyó también en gran parte a divorciarlo de su mundo natural, físico y biológico. Y esto hasta el punto de que su propia Ciencia (fruto también de este avance) se le ha adulterado en parte, sobre todo en aquellas encrucijadas del pensamiento donde el hecho biológico real ha entrado en conflicto con la idea humanística, más o menos inconsistente e irreal.

No sabría hallar mejor ejemplo de lo dicho, que esta diferencia tajante, que ustedes mismos han establecido entre la Zoología y este Hombre que se niega a ser incluido en ella, excluyendo de

este modo a la Antropología, ciencia del hombre, que se refiere a un ser viviente como los demás; seguramente el más importante por lo inusitado de su aparición y existencia; el más cercano, también, y dispuesto a la observación externa e interna; el que mayores interrogantes y posibilidades encierra para los hombres mismos y los naturalistas todos, y seguramente, el más desconocido, como lo afirma el título de un libro ya célebre.

Profundamente ignorante y ciego habría de ser el que les habla si no entrara a aclarar esta referencia suya hecha al Hombre: "como un ser viviente semejante a los demás".

Sabemos que esta semejanza del hombre con el resto del mundo viviente —y especialmente con sus hermanos Mamíferos— es efectiva en la mayoría de sus caracteres anatómicos, fisiológicos, pero que en lo tocante a su psique y conducta se muestra, EN ALGUNOS DE SUS INDIVIDUOS, profundamente diverso al resto del mundo animal. Hecho fundamental, por lo demás, que el propio Hombre advirtió desde temprano, y cuya tentativa de explicación se ha extendido en el inmenso friso de las fábulas y mitos, filosofías y religiones, cuya génesis mal podría reconocer otro origen que el de esta tremenda sorpresa e interrogante del Hombre al ver enfrentada su condición humana, inquieta y angustiada, con la conducta serena, rítmica y "normal" del resto del mundo viviente.

Estrictamente considerado, aquel "proceso de cerebración progresiva que se inicia en el Orden de los Primates y que culmina en el Primate-Hombre, no constituye en sí un hecho excepcional dentro de los métodos que le conocemos a la Evolución, puesto que se trata de una de las tan conocidas "especializaciones". Cada especie suele tener una especialización que le es propia, y de la que carecen otras. Así, el "radar acústico" de los Quirópteros (murciélagos) podría bastar para que algún Quiróptero-filósofo declarara que su especie no tiene nada que ver con el resto del mundo animal.

Sabemos que el Hombre "es quien es" gracias a esta especialización de su encéfalo, a esta cerebración máxima, propia del Orden zoológico a que pertenece. Sólo que en éste, el cerebro inferior, donde residen los instintos y sus comunicaciones "psi", se vio atrofiado a expensas de esta proliferación neuronal de su cerebro nuevo (Neocórtex), con lo que a la larga debió inventarse un nuevo medio de comunicación, un código cifrado-sonoro, que no es otra cosa el lenguaje, el que vino a suplir a estas carencias de su Arquicórtex. Método que, a su vez, contribuyó para que el signo de la Informa-

ción (en el sentido cibernético, o sea, la palabra) entrara a "jugar" en aquella máquina computadora, que es el encéfalo (provisto de 14 mil millones de elementos o neuromas) hasta crearse en él una riquísima red de vías de relación, y una serie grande de "feed-back de feed-backs" (2º Sistema de Señalización, de Pavlov) lo que le permitió poseer un tipo de vida psíquica extraordinario y totalmente diverso de aquel otro que controla el "pensamiento" en los demás animales; con lo que estos últimos en la actualidad pueden pensar, pero *no pueden pensar que piensan...*

Gracias a este *accidente* del lenguaje, a esta "compensación por carencia", como la he llamado, el hombre pudo razonar con ideas. Los animales razonan a base de circunstancias y de representaciones interiores para vencer la circunstancia. El hombre, con el signo-palabra puede abstraer, crear el pensamiento matemático, fisionar el átomo e intentar la conquista del espacio exterior.

Sí, es verdad, que ningún otro animal lo ha logrado... así como también es verdad que ningún elefante ha logrado subirse a un árbol. Son estas, cualidades de la especie (específicas), evolutivas, y en manera alguna hechos trascendentes, metafísicos, ni de creación especial, que harían del Hombre un ser al margen de la Zoología. Ciertamente que es un fenómeno extraordinario, el suyo, pero no por eso deja de ser un fenómeno natural de la evolución de las formas vivas. Ya que todo lo que ocurre en la Naturaleza... es natural, aunque no siempre normal (la norma) y, menos, provechoso. El fenómeno humano, a nuestro modo de ver, coloca a la especie en una encrucijada, donde su propio desarrollo cerebral y psíquico involucra un sino de extinción. Parte, porque la homeostasis cibernética pone en manos del Hombre su propia evolución, autodirigida, esta vez; parte, porque tal modalidad va en contra del buen orden mental de la especie y de los individuos que la componen, haciendo del Hombre un "loco normal", en relación a la conducta profundamente serena, rítmica y ajustada al mundo exterior que manifiestan los demás animales.

Tan apasionante caso, señores, que ocurrió y sigue ocurriendo en el seno mismo de la Zoología, y que nos recuerda al de las "novae" de la Astronomía, no obsta para descartar al Hombre como elemento de estudio dentro del estudio general de los seres vivientes. Diría que es todo lo contrario, y que él debería ser atendido de preferencia por quienes se ocupan de Zoología. Desconocer estos hechos, ocurridos en un Primate de la Familia Hominidae, a estas alturas, en las

postrimerías del siglo xx, es como afirmar que hasta en nuestros días los hombres siguen sometidos a las creencias sin crítica, y a los tabús que arrastraron desde la Prehistoria.

No es una actitud muy acorde con la seriedad de este magno Congreso.

Por esto he deseado, no a la manera de un reproche, ni de una enmienda, ni de aleccionar en modo alguno a las ilustres personalidades científicas aquí presentes, presentarles este pequeño balance de la actual posición del Hombre en los estudios antropológicos, para luego enfrentarlo a la ciencia zoológica, y así mostrar que en esta evolución sorpresiva, pero también un tanto negativa del Hombre, puede éste luchar todavía contra el caos de su nueva mente claudicante —lo estamos viendo en estas páginas— y liberarse de los viejos tabús que invaden hasta el propio y sereno dominio de la Ciencia y del pensamiento científico.

El simple hecho de que un antropólogo, un especialista en el estudio del Animal-Hombre, haya estado marginado de un Congreso de Zoología, nos está revelando a las claras cuán amenazada podría estar la Ciencia ante los remanentes paleolíticos que atentan todavía contra la libre evolución mental del Hombre.

De continuo, al escuchar los interesantes trabajos presentados a este Tercer Congreso Latinoamericano de Zoología, observaba cuánta ocasión perdida se deslizaba entre las agudas observaciones de los conferenciantes, empecinados éstos en no establecer ni buscar ningún apoyo dentro de aquello que el propio Animal-Hombre les habría podido brindar en un estudio comparativo. Observé, a porfía, esta moda de la insistencia en los esquemas, las cifras (que rara vez pueden probar algo en el mundo proteico de la Vida) de las estadísticas. Lamenté la ausencia de trabajos que apuntaran el behaviour, al aspecto conductual del animal, fuente importantísima de donde derivan las grandes interrogaciones de la Biología. Quizás si por temor de entrar en el gran misterio humano, ya que la conducta animal nos hace presentir que ésta podría llevarnos a las fronteras de la conducta humana, obligándonos así a incluir al Hombre dentro de la Zoología...

Ha sido muy sensible esta ausencia de los estudios conductuales del animal.

Pero no sólo ahí, sino en la fisiología y la bioquímica, temo que se hayan desperdiciado los verdaderos aportes y ciertos enlaces de suma importancia para la biología en general. Así, en el magnífico trabajo

de los Sres. Profesores José M. Cei y V. Erspamer (argentinos) referente a: *Datos cromatográficos sobre los derivados indólicos de la piel de los Bufónidos* (batracios) en relación con su posición sistemática, habría sido oportuna mi intervención, dando cuenta de las investigaciones hechas en el Hombre por los profesores Andrew Dravnicks y Boguslaw Krotoszynski (del Equipo de Investigación de Chicago, del Ejército de USA) donde han logrado realizar el estudio cromatográfico de las emanaciones del cuerpo humano (cromatografía en fase gaseosa) hasta obtener espectros propios del individuo, suerte de "ficha de identidad química", más las variantes del sexo, edad, régimen alimentario, y estado de salud del individuo; con lo que es posible obtener una ficha personal de múltiples aplicaciones, sin descartar aquella racial, sistemática, como lo requería aquel estudio de los Bufónidos.

Otro tanto podría obtenerse en estudios comparativos del Hombre y de los demás animales (sobre todo, Mamíferos) en lo tocante a las neurosis experimentales, histeria, hipnosis en animales, etc. Al cabo, la zoología de nuestros días es y debe ser biología antes que otra cosa. Y la biología es la Vida. ¿Es lógico, pues, entregarnos al estudio del ano de un vermes y dejar de lado al animal más importante, al que conocemos de más cerca, al que más nos ayuda a conocer a los demás animales, y a conocernos nosotros mismos a través del animal? ¿Es lógico que exhibamos una mentalidad de Concilio de Constantinopla, o del Vaticano para el caso da lo mismo, mientras los científicos luchamos por desentrañar los misterios de la vida, y los creyentes (que debe haberlos aquí) en desentrañar el método empleado por Dios en la VERDADERA ESTRUCTURACIÓN DE SUS CREATURAS, y de su Universo, por oposición a aquello que los hombres de religión "pensaron" que Dios habría *tenido que hacer*?

Que la profunda seriedad de las razones que aquí traigo a cuenta me sirvan de excusa, mis respetados colegas, para que esta protesta cordial de un simple antropólogo se haya alzado en esta magna asamblea, y para que este pequeño esfuerzo de síntesis os sea ofrecido, no a la manera de una enmienda, sino de un fervoroso y sincero homenaje a las mentes preclaras que hoy nos honran con su presencia.